

EL NAVÍO *ALGECIRAS*

Claudio ÁLVAREZ BIANCHI



DÍLICA bahía de Algeciras, inspiración de poetas; encrucijada de la Historia entre dos mares que se abrazan y dos mundos que se contemplan... palestra de las naciones para el estruendo de invasiones y combates.

Corría el año 1801; julio era el mes y el 5 el día de la batalla entre navíos ingleses y fuerzas combinadas franco-españolas.

Tal vez, aquel día los cálidos rayos del sol refulgieran en la superficie verdiazul de una de las bahías más singulares del mundo; tal vez soplaran vientos con olor de levante marino y el peñón se coronara con su montera de nube blanca; pero una vez más, las aguas de la bahía se tiñeron con la sangre de los héroes y el aire se estremeció con gritos de dolor y de victoria.

Los navíos ingleses que bombardearon la ciudad de Algeciras salieron malparados de la contienda. Aunque la batalla fue decidida por las baterías de costa de Algeciras de la torre del Almirante, Santiago e Isla Verde, los aliados franceses no lo reconocieron así y atribuyeron la victoria a sus naves.

Para conmemorarla, la Marina Real francesa construyó uno de los navíos más hermosos y eficaces de la época que, paradójicamente, bautizó con el nombre que venía a reivindicar la autoría española de la victoria: *Algeciras*. Navío de dos puentes y del porte de 74 cañones, fue botado en los astilleros de Rochefort en el año 1804, y navegó bajo dos banderas con el nombre de *Algeciras* hasta el fin de sus días, después de pasearlo con dignidad y gloria por la majestad de los océanos.

Francia ya había aportado a la construcción naval nuevas técnicas muy elaboradas, que supusieron un notable progreso sobre el carácter empírico y artesanal que venía teniendo. Contando, además, con los carpinteros de ribera y calafates más expertos de la época, había logrado una perfección técnica en la ingeniería naval que ningún otro país poseía entonces.

Pasado el tiempo, un oficial español embarcado de dotación en este navío dejaría escrito en sus memorias: «Era el navío *Algeciras* uno de los mejores modelos que se han conocido; tenía propiedades muy marineras y elegante figura; de estabilidad o aguante de vela proporcionado, ceñía como una goleta y gobernaba como un bote».



Navío de 80 cañones, siglo XVIII.

Después de la batalla de Trafalgar, ocurrida en el año 1805 y en la que fueron abatidos los pesados grandes navíos de más de 100 cañones, las potencias marítimas adoptaron el modelo de 74 cañones, más ágil y maniobrero, como la columna vertebral de sus flotas de combate. Esta circunstancia contribuyó a valorar y potenciar aún más el navío *Algeciras*, que llegó a ser considerado como uno de los mejores buques de línea de su tiempo.

En la batalla de Trafalgar intervino el navío *Algeciras* en calidad de buque insignia del contralmirante francés Magon. Muerto éste en el combate y con 450 bajas en la dotación, el navío *Algeciras* terminó siendo apresado con el resto de la tripulación superviviente por el buque inglés *Tonnant*.

Los cincuenta mejores hombres del *Tonnant* a bordo del navío *Algeciras* pretenden conducirlo a Gibraltar, pero por la noche arrecia el sudoeste, y el navío, que no se deja gobernar por los marinos ingleses, va a la deriva. Éstos deciden recurrir a los marinos prisioneros en solicitud de ayuda para evitar el naufragio, pero los prisioneros exigen su libertad como condición para salvar el navío. Los ingleses ceden, y pasan a ser ellos los prisioneros, y el barco, en manos de su tripulación libre, navega hasta su base en Cádiz. En poder de Inglaterra, el navío *Algeciras* habría perdido su nombre, pues éste denuncia la derrota inglesa de 1801.

El día 14 de julio de 1808 se produce en Cádiz una acción militar que marcará definitivamente el destino del navío *Algeciras*. Fuerzas de liberación españolas contra la ocupación napoleónica consiguen la rendición de la división de la escuadra francesa surta en la bahía de Cádiz en esa fecha. Entre los buques apresados e incorporados a la Real Armada española estaba el navío *Algeciras*, cuyo nombre, elegido por Francia para glorias propias, no fue necesario cambiar, por servir también a las glorias de España.

Hacia mediados de noviembre de 1811 y bajo el mando del insigne marino español brigadier Miguel Gastón, el navío *Algeciras* se hace a la mar desde el puerto de Vigo con rumbo a Nueva España (México), llevando a bordo un regimiento de infantería con otros cuerpos de tropas para sofocar la insurrección en aquel virreinato español. Lejanos mares atlánticos serán ahora testigos de las proezas de unos hombres que harán del heroísmo su deber y del sacrificio su recompensa.

Se avistan por fin las costas de Nueva España, donde el navío es recibido por un espantoso viento huracanado, como augurio de otros infortunios, y que puede capear gracias a «las sobresalientes propiedades del navío, el cual parecía estar dotado de instinto, pues obedecía al timón como si fuera un ser animado», según las crónicas del oficial de a bordo. El mismo navío que no pudo ser gobernado por sus enemigos con un viento duro en el estrecho de Gibraltar. Finalmente, la expedición desembarca en el puerto de Veracruz.

En tierra le espera la turba de un cuerpo de caballería insurgente, falto de pericia y de disciplina militar pero inflamado del arrojo que le infunde su superioridad numérica. Tres mil aguerridos insurrectos en infernal cabalgada empararon aquella llanura con la sangre de quinientos soldados españoles que lucharon con heroico denuedo hasta la muerte. Al zarpar el navío del puerto de Veracruz, dejaba escrito tras de sí uno de los episodios más luctuosos de su historia.

La dotación del navío *Algeciras*, hostigada por los enemigos y por la fiebre amarilla, sin víveres ni auxilios, siguió defendiendo intrépidamente aquellas costas por mucho tiempo. El nombre de *Algeciras*, amado y temido, era un clamor de grandeza y heroísmo, de asombro y respeto, difundido por doquier. Debieron ser sus mensajeros el rumor de las olas, el eco de los acantilados y el silbo de los vientos, que lo llevaron del mar tras los montes, hasta convertirse, entre los que lo amaban y los que lo temían, en una especie de épica renovada del mito clásico de los héroes. Cuando el navío abandonó las aguas de Nueva España, era ya una leyenda.

Después de incontables servicios prestados a España, el navío *Algeciras*, sin añoranza de su cuna francesa, hizo su última singladura retornando a la pila bautismal de su nombre. Un día otoñal de 1818, lejos del mar que lo vio nacer, fondeó su casco para siempre en las aguas gaditanas de La Carraca, mientras sus glorias y desventuras fondeaban en el silencio y la ingratitud de los hombres.

Aseguraban los viejos marinos de antaño que los barcos tienen alma, que ríen en los bellos amaneceres y juegan con los vientos alíseos, que luchan contra las tempestades y se hunden y mueren con la agonía propia de los hombres. El navío *Algeciras*, falto de la carena que pudo alargarle la vida, agonizaba melancólicamente, herido de muerte y olvido. Ya nadie leva sus anclas ni sus velas levanta al viento; ya no rompe en su proa la espuma blanca de las olas; el fango de los caños es su última morada.

En una convulsión entre lo perecedero y la incorruptible, el barco se hunde al fin, y su nombre, marino sin navío, se convierte en navegante de la Historia.

«Aquí yacen anegadas
del navío valeroso,
cuadernas, velas y jarcias.

Mas, de muerte victorioso,
permanece y no se olvida
su inmortal nombre glorioso.

¡Algeciras!»

